

Algar  Colección CALCETÍN

El hado Waldo

Carmen
Gil

Dibujos de
Jesús
López





Capítulo 1

Hay hadas de muchos tipos. Están las sirenas, que son hadas del mar, tienen cola de pez y a veces les da por enamorarse de algún marinero apuesto —¡y menuda la que se organiza!—; las lamias, hadas hermosísimas que habitan en las profundidades de las cuevas, poseen largas cabelleras y están todo el día peina que te peina con un peine de oro; las driadas, que visten siempre de verde, viven

en lo alto de los árboles y cantan sin parar, poniéndole la cabeza como un bombo a los pájaros del vecindario; y las más populares de todas: las hadas madrinas, que son bajitas, rechonchas y dulces como la miel, usan túnicas color pastel y gorro de cucurucho y se pasan la vida haciendo encantamientos a diestro y siniestro para ayudar a cuantos las necesitan. Waldo no era una sirena, ni una lamia, ni una driada, ni un hada madrina.

Waldo era un hado padrino o, al menos, eso quería él; porque llevaba quince años preparándose en la Academia de Hadas y a pesar de que no había destacado como el mejor estudiante, ya estaba a punto de conseguir el título. Sólo le faltaba pasar las cinco pruebas del trabajo de fin de carrera.

Waldo era un hado larguirucho, desgarrado, de pelos verdes y tiesos como púas de

erizo y una nariz larga y puntiaguda que parecía una zanahoria. Además, Waldo no era un hado padrino corriente y moliente, no: era el hado más original de toda la academia. Si a las hadas madrinas les gustaba vestir de colores suaves: rosa, celeste o amarillo, a Waldo le encantaba llevar ropa chillona: mallas de rayas de colores, gorros con plumajes vistosos, zapatos brillantes y divertidos... Si las hadas madrinas eran señoras tranquilas y sosegadas a las que nada solía sacarlas de sus casillas, Waldo era un manojito de nervios que se aturullaba con frecuencia y no daba pie con bola. Si las hadas madrinas vivían a la antigua usanza, comunicándose por telepatía o con palomas mensajeras, alumbrándose con velas de cera de abeja y teletransportándose en lugar de usar el automóvil, a Waldo le encantaba chatear en un ordenador portátil, escuchar en su MP3 las

canciones de moda y dar toques a todas horas con su teléfono móvil. Si las hadas madrinas eran mujeres, Waldo era un hombre.

A Waldo le gustaban tres cosas más que nada en el mundo: cantar de día y de noche una canción que él mismo había compuesto, contar cuentos y ser hado padrino. Aunque lo de los hechizos no se le daba del todo bien, eso hay que reconocerlo. La Gran Hada Merlusina, que dirigía la Academia y a quien el hado había dejado sin sueño con sus extravíos en más de una ocasión, todavía se acuerda del día en que quiso acabar con la sequía con unas palabras mágicas:

Que aparezcan en el cielo
nubes negras de tormenta
para que mojen el suelo
y llueva más de la cuenta.



Y la verdad es que la sequía se acabó, sí, pero para dar paso a una lluvia tan abundante y cansina que, después de tres meses sin ver el sol, a los habitantes del lugar terminaron por salirles escamas como a los peces, las calles y las casas se llenaron de sapos verrugosos que croaban todo el día y cuentan que hasta hubo un vecino que se encontró un pulpo en su garaje.

En otra ocasión Waldo intentó equipar a la Cenicienta para su baile:

Que se ponga Cenicienta
con mi equipo hecha un pincel,
a la moda y muy contenta,
¡que mole mucho con él!

Pero la calabaza no quedó convertida en carroza, sino en una moto de mil cien centí-

metros cúbicos; y a la hermosa princesita no la atavió con un traje de noche de tul rosa ni nada por el estilo, sino que le puso chupa y pantalones de cuero negro y botas de motera. Ni que decir tiene que al príncipe del cuento, tan clásico él, casi le da un patatús cuando vio entrar a la doncella de esta guisa. En lugar de bailar con ella, prefirió hacerlo con una lugareña modosita que a todo decía que sí. Pero a la Cenicienta no le importó, ¡todo lo contrario!, se dedicó con su moto a dar la vuelta al mundo y lo pasó de maravilla.

Lo peor de todo fue cuando le dio por alegrar el mundo y cubrirlo de flores de todos los colores y formas posibles y... ¡se le fue la mano!

Que el pueblo entero se vista
de flores de mil colores,

que nos alegren la vista
y embriaguen con sus olores.

Empezaron a crecer flores por todas partes: en las cabezas de los aldeanos, sobre los filetes que se iban a comer, delante de los televisores, en las pantallas de sus ordenadores, entre las hojas de los libros, dentro de sus armarios y de la taza del váter, en los cristales de las gafas, en las bañeras y los lavabos... Los pobres habitantes de aquel lugar acabaron de flores hasta la mismísima coronilla y los alérgicos al polen tuvieron que emigrar al Polo Norte.

A pesar de todo esto, Waldo, gracias a su disciplina y a su buen corazón, había conseguido llegar al último curso con buenas calificaciones y estaba convencido de que se convertiría en un hado padrino de primera. Pero no todos –mejor dicho, todas– pensa-

ban lo mismo que él. El Hada Mayor, la directora de la Academia, era un hada chapada a la antigua y no le gustaba nada, pero que nada de nada, que un hombre ocupara un puesto tan femenino.

—¿Dónde se ha visto eso? —le protestaba a Pelotilla, un hada adulatora que estaba haciendo méritos para convertirse en la próxima directora—. ¡Un hado padrino! Pero, ¡adónde vamos a llegar!

—Tiene razón, Hada Mayor, adónde vamos a llegar.

—Las hadas madrinas tienen que ser dulces, tiernas, sensibles y tener un corazón blando capaz de conmoverse por cualquier cosa. ¡Y todo el mundo sabe que esas son características femeninas!

—Es verdad, Hada Mayor, eso lo sabe todo el mundo.

–Pero si los hombres no son capaces ni de llorar...

–Estoy con usted, Hada Mayor, ni de llorar son capaces.

–No puedo consentir, bajo ningún concepto, que Waldo consiga el título. Sería una vergüenza para el Mundo de las Hadas.

–Completamente de acuerdo, Hada Mayor, una auténtica vergüenza.

–Tengo un plan fantástico, y tú vas ayudarme a ponerlo en práctica.

–Por supuesto, Hada Mayor, yo la ayudaré a ponerlo en práctica.

–Verás, ya sabes que esta tarde tiene lugar la ceremonia de graduación de hadas madrinas. En ella se hace entrega a cada hada graduada del sobre con el trabajo de fin de carrera que tiene que hacer para convertirse en hada titulada.

–Entiendo, Hada Mayor, en hada titulada.

–El trabajo consiste en cinco pruebas que las hadas deberán superar y para ello se le asignará a cada una un hada ayudante. Y ahí es donde entras tú, hada Pelotilla: tú serás el hada ayudante de Waldo y tu misión será impedir, con todos los medios a tu alcance, que Waldo consiga pasar las pruebas y se convierta en hado padrino. ¿Comprendido?

–Comprendido, Hada Mayor, tengo que impedir que Waldo se convierta en hado padrino.

–Eso es. Y ahora vamos a prepararnos para la ceremonia. Todavía tengo que ir al hada peluquera para que me haga algo con estos pelos y recoger la túnica de la tintorería. A ver si consigo ponerme un poco más guapa.

—No diga esas cosas, Hada Mayor, usted siempre está guapa. Es más, estoy segura de que es el hada más guapa de todo el Mundo Feérico.

Al Hada Mayor se le dibujó una enorme sonrisa de vanidad en los labios y, después de extender sus alas iridiscentes, salió volando seguida del hada Pelotilla y se perdió entre las nubes.

La ceremonia de graduación tuvo lugar aquella misma tarde, justo en la nube 31, entre el cirro que parecía una cabellera despeinada y el cúmulo en forma de coliflor. Todas las hadas estaban allí, estrenando modelito y dispuestas a ponerse hasta arriba de hidromiel y de canapés de pétalos de rosa y de jalea real en la copita de después del acto.

Waldo se había puesto un sombrero de hongo con un penacho de plumas de los co-

lores del arco iris, una saya corta verde salamanquesa y unas medias amarillas que hacían que sus largas y flacas piernas recordaran dos espaguetis al huevo. El futuro hado padrino estaba tan nervioso que no era capaz de quedarse quieto un momento y ya se había tropezado con dos estrellas, había tirado al suelo un plato de sorbetes de gotas de rocío y se había chocado de frente con el hada Merlusina, que, por supuesto, lo había mirado con ganas de hacerlo desaparecer. «Qué bien cuando me convierta en hado padrino y pueda dedicarme a hacer felices a los demás.» Tan feliz estaba Waldo que canturreaba todo el rato:

Yo soy Waldo, ese es mi apodo.
Canto y charlo por los codos,
al hablar me atasco un poco,

me tropiezo y me equivoco.
Quiero ser hado padrino,
el mejor y más divino,
y ayudar con mi varita
a aquel que lo necesita.
Aunque a veces dé la lata,
me líe y meta la pata,
seré, además de cuentista,
el mejor hado que exista.

—Queridas hadas madrinas —empezó a hablar el Hada Mayor, dirigiéndose en femenino a sus discípulas —¡y discípulo!—, sin tener para nada en cuenta que había un hombre entre ellas—. Estamos hoy aquí para celebrar juntas el acto anual de más trascendencia de la Academia: la entrega de trabajos fin de carrera, para que nuestras queridas hadas graduadas se conviertan en hadas tituladas,

hechas y derechas, dedicadas a repartir felicidad al mundo.

«Repartir felicidad al mundo, ¿podía haber tarea más hermosa a la que dedicarse?», pensó Waldo, tan emocionado que sentía que el corazón se le iba a salir de un momento a otro del pecho.

–El trabajo se presentará en cinco sobres numerados con cinco pruebas que las hadas tendrán que superar. Y para ello, a cada una le asignaremos un hada acompañante que la ayudará a realizar con éxito su misión y que será la encargada de entregarle el sobre siguiente cada vez que pase con éxito una de las pruebas. ¿Estáis preparadas?

–Síííí –gritaron las hadas graduadas.

–Preparadísimo –voceó Waldo dando un bote tan grande que le hizo perder el equilibrio y caerse de culo.

–La primera será el hada Benita, que estará acompañada en todo momento por el hada Fortunata.

Benita se puso roja como un tomate, se acercó a la tarima a recoger los sobres y le dio un abrazo apretado al hada Fortunata.

Al hada Benita le siguieron el hada Rufina, el hada Lota, el hada Liliana... y el último de todos fue el hado Waldo.

–Para finalizar, el hado Waldo, con quien irá el hada Pelotilla. –Todos aplaudieron y Waldo se puso tan nervioso y aturullado que temblaba como un dulce de gelatina.

–Y ahora –continuó el Hada Mayor– dormir, que mañana os espera una dura jornada.

Sí, sí, dormir: Waldo no pudo pegar ojo en toda la noche, a pesar de que intentó contar estrellas y se tomó unos cuantos sor-

bos de agua de azahar. Por la mañana estaba un poco cansado, pero dispuesto a comenzar su aventura.

El hada Pelotilla era la que custodiaba los cinco sobres con las pruebas que Waldo tendría que superar para convertirse en un hado padrino titulado. Por orden del Hada Mayor, el primer sobre no se podría abrir hasta que el sol no saliera. Todavía sólo asomaba la mitad de la enorme bola naranja por el horizonte, así que Waldo se sentó a contemplarlo mientras desayunaba un pastelito de espuma de mar con estambres de flores. Y cuando por fin apareció el sol entero tras las montañas...

–Hada Pelotilla, hada Pelotilla, que ya es la hora. Vamos, dame el sobre.

–Déjame, que tengo mucho sueño –protestó el hada entre dientes dándose media

vuelta y haciendo caso omiso a los empujones de Waldo.

–Venga. Tienes que levantarte. Eres tú la única que puede abrir el sobre.

–Ahora voy, que todavía es muy temprano.

Waldo estaba comenzando a desesperarse.

–¡Un ratón! –mintió Waldo, porque sabía que era lo que al hada Pelotilla le daba más miedo del mundo.

–¿Dónde? –gritó Pelotilla, levantándose de un salto de su nube–. ¡Socorro! ¡Socorro! Una bestia peluda e inmundada con el rabo largo quiere comerme. Por favor, venid a ayudarme.

–Cálmate, hada Pelotilla, que ya se ha ido –la tranquilizó Waldo.

–¿Ya se ha ido? ¿Estas seguro? Mira que si me topo con él me da un patatús.

–Estoy seguro: no hay ratones por ninguna parte. Y ahora, hada Pelotilla: ¡abre de una vez el sobre!

–Está bien, está bien. Cuánta impaciencia... –Pelotilla sacó el sobre con mucha parsimonia de su bolso de tela de araña, lo abrió, se colocó sus minúsculas gafas y se puso a leer:

Conseguir su varita mágica del campo de varitas situado en la Montaña Azul y vigilado por el terrible horco Lucino.

Waldo había aprendido en la Academia que las varitas mágicas de las hadas sólo se criaban en este campo, en el que, al principio de la historia de las hadas, perdió su varita el hada Hermelinda. La varita se enterró espontáneamente en la tierra y de ella

crecieron otras. Cuando se enteraron los horcos, enemigos ancestrales de las hadas, intentaron acabar con la plantación; pero cuantas más varitas arrancaban, más crecían. Aburridos de sólo conseguir multiplicarlas, decidieron tener a un guardián perpetuo que vigilara día y noche el campo para evitar que las hadas consiguieran sus varitas. Si a alguna la pillaban arrancando una, la convertían en luciérnaga. Por eso Waldo sabía que cada luciérnaga que venía a alumbrarlo por las noches era un hada que había sido pillada in fraganti por el horco guardián.

—¿Y ya está? —preguntó Waldo cuando Pelotilla terminó de leer el breve mensaje que contenía el sobre.

—Y ya está —contestó Pelotilla.

—Pues entonces vámonos volando para llegar cuanto antes a la Montaña Azul.

–Espérate, se me está ocurriendo una idea: como no conocemos bien el camino, vuela tú entre los arreboles y yo cogeré este sendero de nubes rosadas del amanecer. El que llegue primero intentará robarle la varita al horco.

–¿Harías eso por mí?

–Pues claro –dijo Pelotilla sonriendo, aunque lo que pretendía no era ayudarle, sino llegar antes que él para avisar al horco Lucino y así ponerle las cosas un poquito más difíciles.

El pobre Waldo estuvo volando de nube en nube durante casi dos horas antes de llegar a la Montaña Azul. Por el camino se cruzó con dos angelitos que estaban tocando la lira, una bruja que hacía prácticas de vuelo con su escoba nueva, un astronauta despistado y una estrella que se empeñaban en bajar al

mar para darse un chapuzón. Hasta que por fin llegó a la Montaña...

El horco Lucino era un ser enorme, viscoso y lleno de arrugas, de un color marrón verdoso, con un solo ojo y una nariz ganchuda y siempre moqueante. Su boca, sin labios, le atravesaba la cara entera y cuando la abría, mostraba dos filas de dientes amarillentos y puntiagudos. Cada una de sus manos tenía cuatro dedos tan largos y flacos que parecía un manojo de sarmientos. Patizambo, sus piernas eran bastante más cortas que su cuerpo y terminaban en dos gigantescos pies que miraban siempre hacia fuera. Vamos, que Lucino era un auténtico primor.

Ese día, además, estaba más enfadado de la cuenta —lo que le daba un aspecto aún más fiero—, porque el hada Pelotilla lo había avisado de que un hado graduado vendría a ro-

barle una de sus varitas. Lucino llevaba horas y horas delante del sembrado aburrido como una ostra y cada vez de peor humor. Además, desde hacía más de un mes padecía de hipo crónico y se pasaba el día y la noche hipando sin parar. No podía ensartar las agujas para hacer sus bordados de punto de cruz, que era su afición favorita; ni comer sopa de babosas, porque cada vez que se iba a meter la cuchara en la boca daba un hipido y se le caía todo el contenido; tampoco era capaz de dormir, porque se despertaba cada vez que hipaba... En fin, que estaba de hipo hasta su calva y apepinada coronilla.

Cuando Waldo vio a Lucino casi se muere del susto: en sus veinte largos años –todo el mundo sabe que en la existencia de los hados cada año corresponde a diez de los seres humanos– de vida feérica, jamás había visto

a un ser tan feo y repugnante como ese. Y mira que había conocido a seres feos en su vida, porque la bruja Otilia tenía dos narices, a cual más grande, y era horripilante; el trago Rigoberto tenía los ojos saltones y cara de rape; y la gigante Ofelia, de esa para qué vamos a hablar: sus cejas eran tan espesas que se le juntaban con el pelo de la cabeza y lucía un bigote negro y poblado bajo la nariz de tres palmos y medio. Pero ninguno era tan horrible como aquel horco. Waldo, a pesar del miedo cerval que le inspiraba, decidió acercarse revoloteando para hacerse con la varita, porque aquel monstruo no parecía tener la más mínima intención de moverse de allí en todo el día. En cuanto Lucino lo vio:

–¿Quién eres tú *hip*? ¿Y cómo te atreves *hip* a meterte en mis propiedades? –bramó con tanta fuerza que el aliento que exhaló

levantó una ráfaga de viento que hizo que Waldo diera un par de volteretas en el aire.

A todo esto, el hada Pelotilla observaba la escena desde la copa de un roble centenario, dispuesta a intervenir si la situación lo precisaba, pues no quería que a Waldo le ocurriera nada malo. Después de todo, su misión era incordiarlo y obstaculizar un poco su trabajo, pero no tenía ninguna intención de hacerle daño.

Cuando Waldo recuperó el equilibrio y pudo mantenerse de nuevo estable en el aire, decidió intentar acercarse de nuevo al campo de varitas, pero esta vez por detrás del horco, procurando no ser visto. Lo que no sabía Waldo es que, aunque no tienen orejas, los horcos poseen un oído finísimo. En cuanto oyó los revoloteos del hado a sus espaldas, Lucino se volvió hecho una fiera y dando manotazos.

—¿Qué pretendes *hip*, bicho con alas? Ten en cuenta que hoy no estoy de humor *hip* para aguantar a hados pesados. Como no tengo bastante *hip* con este ataque de hipo *hip* que no me deja vivir *hip*, encima tengo que soportarte a ti *hip*. Y mira que lo he intentado todo *hip*: beber siete buchets *hip* de agua *hip* sin respirar, taparme la nariz *hip* hasta no poder más *hip*, dormir con una pelusa *hip* gigante sobre la frente... Pero... ¡nada! —se desahogó el horco sin dirigirse a nadie en particular—. Y claro, lo del susto no me vale, porque como a mí no hay nada que me dé miedo...

Waldo, al que siempre perdía su enorme corazón, se compadeció del pobre horco. Aún recordaba lo mal que lo había pasado su prima, el hada Gumersinda, con un ataque de hipo similar. Después de reflexionar unos segundos...

—Oye, horco, yo podría curarte el hipo.



—¿Tú *hip*? Ja, ja, ja *hip*, ja... ¿y cómo pretende un ser insignificante *hip* como tú *hip* lograr tal cosa?

—Acompáñame y lo verás.

Lucino, que en realidad no tenía nada que perder, siguió al hado por valles y montañas y por caminos frondosos y despoblados hasta llegar a un lago tan calmado que parecía un auténtico espejo.

—Jamás había visto un agua tan quieta como esta —se sorprendió Lucino, que siempre bebía y se bañaba en una fuente.

Waldo lo invitó a asomarse y cuando el horco vio, por primera vez en su vida, su propia imagen reflejada en el lago, se pegó tal susto que su grito se oyó en los confines del mundo.

—Aahhhhh —gritó el horco—. ¿Qué es eso tan horripilante que hay en el fondo del lago?

–Entonces Lucino se dio cuenta de que había dicho la frase sin dar un solo hipido–. Mi hipo, ha desaparecido –el horco daba saltos de alegría–. Y todo gracias a ti. ¿Cómo podría recompensarte por lo que has hecho por mí?

–¿Qué te parece si me dejas coger una de las varitas mágicas de tu campo?

Lucino estaba tan agradecido a Waldo que no pudo negarse, así que cuando volvieron al campo cogió la varita más brillante de todas.

Y así fue como el hado Waldo consiguió su varita mágica y realizó con éxito la primera de sus misiones.

El hada Pelotilla, que los había seguido sin ser vista, refunfuñaba desde el tronco del árbol en el que estaba escondida:

–Vaya, parece que has superado la primera prueba, amiguito. Pero no cantes victoria, que aún te quedan cuatro más.